

# El Tigre

—Y dice don Quinterito que si le mat.. el gato le pagará bien, amigo Tranca. Porque tienen mentado por allá, que dizque es el único cristiano., que podría acabar con el animal. Pues dice el patrón, que tresantes ayer le comió tamaña novilla. De modo que vuelvo y digo que si mañana siempre va, pa entonces dir con usted yo y otros más.- dijo desde su caballo el vaquero.

—Apese, amigo.

—No, gracias.

Era uno de esos domingos largos y desesperantes de la sabana, que suelen no acabarse nunca.

Tranquilino, al frente de su choza afilaba una daga nueva.

—Ajá...

El hombre dejaba de amolar, vacilaba, se rascaba la cabeza. No se atrevía a tomar una decisión. Porque ese mismo día, en el pueblo, el guardia le había entregado la tercera boleta para que compareciera, precisamente, el lunes a la alcaldía, para el asunto de Don Quinterón.

—¿Entonces? -inquirió el mandadero- Dice don Quinterito que el tigre lo vieron en el breñal de los guarumos. ¿Sabe? En el plan del cerro.

—Abájese...

—No, si voy de apurito.

El tigre, un jaguar, al decir de la gente, estaba muy desarrollado... Qué manazas! Tenía más de dos meses de hacer daños en las haciendas de los Quinteros. Resultaba extraño, pues éstas no eran tierras para tigres, ya que todas habían sido transformadas en potreros. De seguro, era un animal extraviado, huido de sus guaridas, ¿quién sabe por qué..?

La difícil situación que rodeaba el animal lo convertía, no sólo en desenfrenado carnicero, sino en un tigre verdaderamente feroz, dispuesto a enfrentarse a cualquier hombre.

Los Quinteros decían que el gato era un bicho cobarde frente a las personas y pagarían una buena suma a quien le diera muerte, ya que los daños eran cuantiosos.

La fama del gato creció entre los campesinos, quienes tradicionalmente sienten pánico por las fieras mayores, sobre todo, cuando se supo que se había comido a un muchacho de diez años.

Tranquilino Rodríguez era hombre manso y bien trabajado. El espeso cabello grñudo y sus pobladas cejas negras, contrastaban con los ojillos azulencos. Era el único hombre de por esos rumbos que tenía un par de ojos azules. Y se le veía, por la mirada, que tenía un "cararter" amable el campesino. En ese puesto había deshojado los sesenta años. Una casita de paja, al lado del camino real, a dos horas del pueblo. Vivía ahora solito, porque los hijos se le casaron y la mujer se le acabó. Como por no decir, y para un cierto pasar, cultivaba la huerta: plátanos, frutales y un cañaveral.

Para los meses del verano se iba a los ingenios. Una o dos semanas, según aguantara el penoso trabajo, y el resto del año.. entre la huerta y la cacería. Entre un salario de doce reales y un desayuno con guineo chino. Pero su fama de cazador y hombre valiente, era de sobra conocida. Por eso don Quinterito pensó en él para darle fin al gato.

Sin embargo Tranquilino tenía un problema grande.

A hora de su choza, camino real arriba, estaba el pueblo. Era una aldehuela que tenía un campanario, un cura y un alcalde. Pero más importante que la misma iglesia, primor de blancura en la lejanía, era el grupo de casonas de los Quintero.

Toda la mejor tierra de los alrededores, les pertenecía. Los campesinos habían quedado arrinconados aquí y allá, en las faldas y laderas de los cerros pelados. Los Quintero tenían la comunidad en sus manos, sin embargo entre ellos habían grandes contradicciones; a menudo se peleaban por un torete, una muchacha, o por un quitame allá esa paja. No se podían ver don Quinterito y don Quinterón, dos primos, de los más encumbrados. Quinterón era nombrado Apolonio Nepomuceno Quintero Díaz. Por mal nombre le decían también -pero jamás en su presencia- "Tío Tigre". Tal vez por lo peludo de su pecho y de los brazos, o por su voz tronante, o por las cejas rizadas y terminadas en punta, hacia arriba, tal como dicen que las tiene el diablo. Quinterito -así le apodaban, porque era chiquito- llamaba José de Jesús Quintero Pérez. Sangre de un mismo tronco, no obstante, tenían sus propiedades tituladas, cada uno por su lado.

"Tío Tigre" era de temer por el dinero, su influencia y su pasado. Pero también por su gran tamaño, de donde le venía el sobrenombre de Quinterón; apodo que sí le gustaba. En realidad era el padrote de la familia y el cacique del distrito. Se había quedado con las mejores tierras, y se contaba, que cuando un primo lo quiso parar en el camino de sus atracos, "Tío Tigre" lo aguaitó en una curva del camino real y le atajó el resuello.

Por eso se decía que "Tío Tigre" debía vida, pero nunca fue a presidio, porque aquello había sido por el tiempo en que se "arrastraba la manta" y se hacía la ley de cada quien, como que Quinterón, para esa fecha, era el alcalde.

Quinterito creció bajo su alero, pero cuando en una política se le fue a la oposición, lo apartó violentamente.

Al único que en cierto modo, temía Quinterón era al señor cura, porque, a pesar de todo, le tenía miedo a la muerte. Con

todo y eso, el mismo cura, al frente de don Apolonio parecía simple sacristán de obispo. Pues aunque ya estaba riquito y tenía, también sus cabezas de ganado cebú, blanquito, eso lo había logrado amparándose en "Tío Tigre", que le había permitido encerrar algunas hectáreas, sobre la base de servir al amo, desde el púlpito o en el confesionario.

Las tierritas del padre, que se titulaban, tierras de la Virgen de la Concepción, quedaban justamente en la parte sur de la huerta de Tranquilino, ya que en el norte empezaban las de don Apolonio.

La disputa que tenía Tranquilino con "Tío Tigre" ocurrió porque los camiones, a falta de buena carretera, no podían llegar al poblado, en el invierno, cuando llovía mucho, a buscar el ganado del señor. Y Quinterón había decidido construir un embarcadero de ganado, precisamente en la huerta del pobre cazador.

En realidad, el embarcadero no ocupaba ningún apreciable espacio, pero "Tío Tigre", además, pensó hacer un corral grande; enderezar su alambre, y era por lo tanto mejor quitarle todo a Tranquilino.

El alcalde había citado a Tranquilino, ya varias veces.

—Vea manito Tranca, vaya a la oficina, le digo... v a y a. Ya usted sabe quién es Tío Tigre, yo sé y todo el mundo, que usted tiene la razón... Pero mejor, véndale al hombre el sitio y déjese de líos— le dijo el policía la primera vez que lo notificó.

Pero Tranquilino no se atrevía a ir. Ese domingo, otra vez el guardia lo halló y le extendió el papel.

—Carajo, esta es la última -le dijo- como no vengas mañana lunes, amarrado te voy a traer.

Y pensando en eso estaba: ir o no, cuando llegó el mozo de don Quinterito, con otro asunto: a que ese mismo día, el lunes, le matara el tigre.

Tranquilino dejó de amolar. Anochecía.

—Ombé, qué vaina, no ! ...-exclamaba para sí el hombre atribulado.

—Va o no va...qué me dice? -insistió el mozo.

—Le digo, que ni sé- fue la respuesta.

—Bueno, lo que es que si va -recomendó el mozo recogiendo la nuca del caballo- se lo noticca tempranón a Quinterito, pa' dir yo y otros varios.

El mozo arrancó su bestia y allá en el fondo se hizo un puntito. La manta de la noche de un rabazo prieto lo tapó bruscamente. La última chispa de luz dio en la cabellera de Tranquilino. Los ojillos azules refulgieron de repente.

Pronto quedó el cazador sumido en esa soledad vagarosa, interminable de los caminos de campo, por donde ya no transitan las personas, ni se dejan oír "salomas" ni palabras.

De que el tigre era feroz, eso no se discutía. Si Tranquilino se disponía a tropezarlo por aquellos riscos, no sólo corría riesgo, sino que ponía en peligro lo que le restaba de vida. El animal debía estar en constante asecho. Dominaba el altiplano desde el breñal, allá arriba de la montañita. El ya estaba viejo, y su vista no era la de antes. Cojeaba un poco por el reumatismo.

¿Cazar el tigre ese lunes? Le iban a pagar, cierto, aunque los Quinteros tenían fama de tacaños. Pero, ¿qué diría la gente si no se atrevía a echarle mano al jaguar? El día coincidía con la última boleta para ver el caso de don Apolonio Nepomuceno Quintero. De no comparecer, la guardia vendría a su choza, lo amarrarían y, si hacía oposición, de seguro lo apalearían, como ocurrió con su compadre, que falleció después de la "leñera".

Noche "oscura" sin contornos la de este domingo. ¿Ir o no ir?

Era fama de "Tío Tigre" el andar, diariamente con un "chirrión" o vergajo en su mano derecha, con el cual solía tocar o chicotear a los vecinos; a veces por juego; otras, para que no olvidaran quién era el amo del lugar. Cuando entraba en cólera, las puntas demoníacas de sus cejas, se arqueaban más hacia arriba, hasta tocar las anchas alas de su sombrero de junco amarillo. "Tío Tigre" no sabía perdonar; era vengativo. Resolvía sus pleitos y asuntos, a su manera. Cuando le daba la gana llevaba la víctima a la

oficina, para jugar con ella como el gato con un ratón, pues allí tenía a las autoridades en sus bolsillos. Pero cuando algún campesino osaba oponérsele, delante del mismo alcalde, lo agarraba a foetazos.

Tranquilino ya se veía delante del guardia, llegando al poblado, pálido, como una hostia; con la cabeza agachada. Pasaba por la casa de "Tío Tigre", quien estaría ya, a esa hora, sentado en su sillón de cedro, con el chirrión en la mano y sus cejas arqueadas, riendo socarronamente. Allá la iglesia -primor de blancura- en la puerta, el cura con la sotana raída. Más adelante, la casa de don Quinterito, que le había mandado a matar el tigre.

—Puñetero, por qué no fuiste a matar el tigre que me comió otra vaca? Te voy a joder- eso le diría Quinterito.

Seguía el pobre ajusticiado. El policía detrás, en su caballo. Alguna gente recogida en la plazoleta. Al fondo la alcaldía. Todo mundo sabría ya que la suerte de Tranquilino, el único vecino que tenía, por esos rumbos, los ojos azules, era la suerte del perro viejo.

Muy cierto que la huerta le pertenecía; allí levantó su familia, se le había muerto la mujer, era la sagrada propiedad. Dios en los cielos, tenía que saberlo; santos Don Bosco y San Gabriel, deberían conocerlo, Padre Jesús de la Atalaya, estaría de su parte... ¿Por qué habrían de arrebatarse ese "Culaito" de tierra?

—¿Padre, deberé dir o no a la cosa del hombre?—Le preguntó un día, al cura—Usted es sabedor de que esa huerta es mía. Que colinda con sus tierritas de la Virgen de la Concepción. ¿Qué me aconseja usted señor cura, que es tan sabio?

—Mira, buen hijo—respondió el cura- yo mismo perdería esta tierrita, que como tú sabes, no es mía, sino de la Virgen, si me meto contra el hombre. De modo que, mejor, no le busques las cinco patas al gato.

Don Apolonio es don Apolonio...y has de saber que los que como tú, aquí en la tierra, son los últimos, cuando mueran serán los primeros, allá en el cielo, al lado del Señor.

Ya se veía Tranquilino entrando a la alcaldía. Desde que

recibió la primera citación, había estado con diarrea. Temblando esperaba la orden de sentarse en el banquillo. El secretario leería un documento, pues el alcalde era medio analfabeta. Luego aparecerían de algún viejo cajón, un par de códigos. Para Tranquilino los códigos eran, algo así como esos libros de lomos dorados que hay en lo profundo de las iglesias; o como esos estantitos, en donde el cura mete el cáliz, algo verdaderamente sobrenatural, con un tal poder de castigo, que de sólo verlos, ya se exponía a pasar el resto de la vida en los oscuros y fríos calabozos de las lejanas cárceles de las ciudades. Por allá, en donde los policías usan carabinas con bayonetas caladas y aperrean a la gente.

Un frío de "peje" le estremecía las vísceras al pensar en la cárcel. Verse amontonado en un presidio, abandonado de todos, siempre mandado por guardias altaneros, eso le hacía temblar en el asiento de la alcaldía, sobre todo cuando oía el taconeo de don Apolonio que entraba en el despacho como en su propia casa. Tranquilino sabía que sus manos iban a sudar; que no le saldría una palabra de la boca, de puro miedo, de un gran miedo, de un pavoroso miedo que iba a sentir frente al dueño de la región, con su chirrión en la mano, junto a un guardia vestido de verde -muy amigo para pedirle regalado yucas y plátanos, y muy soberbio cuando se plantaba frente a Quinterón-....y la maldición de esos códigos, leyes, artículos. Luego la voz del secretario que leía sin levantar los ojos la sentencia, acordada la noche anterior en la tienda de "Tío Tigre". Su huerta era su huerta, muy cierto, Señor del cielo... si todos los santos eran testigos...pero su miedo era su miedo.

Y en ese momento su pensamiento lo llevaba, como a un sitio lejano en la historia y en la distancia, rodeado de soledades y altiplanos, en donde él, como un mono solitario, imploraba al cielo cosas imposibles; porque todo, todo estaba contra él, y el universo era muy grande, inmensamente grande, y él muy chico, muy débil, infinitamente incapaz de oponerse a nada. Grandes tormentas hacían maldeçir al cielo en rayos ensordecedores, y las aguas se derramaban violentamente. Él era una cáscara de naranja en el

océano, un miserable frijol, en la infinitud del mundo... Ya le parecía escuchar el trueno de la voz de "Tío Tigre" en aquella maldita alcaldía, y saber él, Tranquilino, que nada podía objetar, nada podía decir, y que incluso, si lo quisiera, desde lo más profundo de su alma, nada se atrevería a decir...

Entonces, ya con el fresco de la noche y el parpadear de las luciérnagas, Tranquilino dejó de pensar en eso. No pensó en nada más y allí quedó dormido, recostado de la pared de su rancho, perdido como un mojón en el camino real de la curvatura de la tierra.

Pero tampoco el sueño lo dejó tranquilo. Aguijoneado por los nervios continuó tejiendo la trama de sus emociones de esa tarde.

Se vio, en el sueño, de pura madrugada, cruzando los alambres de los Quinteros, con su escopeta lista, la daga afilada, y su perro que le seguía los pasos. Iba con los pies barriendo el rocío que menudeaba aquí y allá, sobre los montoncitos de yerba mordida por el ganado. El perro, entonces tomó la delantera y el hombre apuró el paso, hacia el breñal de los guarumos que sobresalía entre las nieblas. Apurando, para que el día no lo agarrara antes de llegar al altiplano, el hombre apenas tenía tiempo para detenerse a prender la pipa y seguir apremiado por la aurora que venía detrás, con su cendal de estrellas. Debía coger al tigre en su hueco. Subía y bajaba lomas, guiado por la lámpara de sus pies, y el olfato de su perro. De vez en cuando se topaba con una vaca, que de repente se levantaba del suelo resoplando. El frío de la mañana le templaba los nervios. Su mano cargaba la escopeta con holgura, su pulso lucía sereno, los pies acudían en las distancias con aplomo, el corazón latía rítmicamente, como el de un niño. El tigre podía salir de un momento a otro, detrás de un matojo, cuando ya dejara el ganado y empezara a escalar la loma. El animal iba a estar, como decían los mozos, en los huecos oscuros que hay en la montañita de los guarumos. Allá, entre unas rocas grandísimas, de seguro estaba el gato. Y fue trepando el altiplano con decisión firme. Y en la medida que ascendía, iba percatándose que detrás suyo, venía el claror de la mañana, abriéndose como abanico. Entonces el perro



flaco indicó, con sus orejas, que algo extraño olía en el aire; el cazador adivinó el lenguaje de su "cucho". Ya se veían las piedras que sobresalían de lo alto de la loma el breñal. Se detuvo para trazar el plan maestro y, luego continuó por una ladera. De pronto estuvo detrás de una roca emparapetado, contra el viento, para que el tigre no descubriera, todavía su presencia. Y allí estuvo con su perro, amenazándolo para que estuviera quieto. Si entraba unos pasos más iba a quedar casi dentro de la madriguera, en donde vivía el gato. El rastrojo le iba a impedir ver con mayor claridad, y estaría en desventaja.

Largo rato esperó y ya la mañana se había espolvoreado por todas partes. Echar el perro era mandarlo a la muerte de una sola manotada del tigre.

Tranquilino, por el camino había pensado que la lucha con el gato iba a ser difícil, porque el animal estaba espantado, y porque iba solo, sin compañero. "Cucho" lucía bien para correr venados, pero un tigre bravo era otra cosa. No obstante se enfrentaba decidido, dueño de sí mismo, sereno, sin experimentar el menor temor, dispuesto a jugársela esa mañana, con el terrible enemigo. Lleno de confianza, sabía que mataría al animal. Se le ocurrió entonces tirar una piedra, para hacer bulla. ..Nada de tigre...ya era de día. Se puso a pensar... el alcalde habría, de seguro, mandado al guardia a buscarlo. El guardia estaría llegando a su casa. En el pueblo la gente esperaría verlo entrar amarrado, como una vaca.

Tiró otra piedra, y oyó ruido adentro de la caverna que tenía a unos veinte metros de distancia.

Es posible que los mozos hubieran ido a su casa, también, tempranito, a buscarlo, para cazar el tigre, y llegando a la choza, se habrían hallado con el guardia.

—No han visto a ese Tranquilino del diablo? - preguntaría el guardia.

Voy a entrar -diría uno- si la escopeta no está, el hombre se iría al breñal.

Entonces los mozos arrancarían con sus caballos para acá, y detrás, vendría el guardia, con la boleta en el bolsillo.

En eso salió el tigrazo. ¡Qué bella pieza! Cosas del diablo, se sentó como un “micho”, recogió el hermoso rabo y se puso a lamerse las manos. Afilaba las uñas. No quiso Tranquilino hacer el disparo. Cazador viejo, quería darse gusto mirando. Tan cerca tenía de si la muerte, más sin embargo, el hombre, recostado con la escopeta a punto de disparar, contemplaba al tigre, sin el menor temor, sin escalofríos, ni temblores en las piernas, como en sus mejores días de monteador, quince años atrás, cuando mató el último macho de monte, allá en la espesa montaña.

Los mozos vendrían a todo galope, detrás el guardia. Los muchachos de don Quinterito temían que Tranquilino se enfrentara solo a la bestia, porque sabían lo que era el gato. Había que hacerle “junta” con lanzas y machetes, para rematarlo en todo caso.

Y el guardia, empleado cumplidor, órdenes son órdenes, debía llevar a su hombre a la alcaldía. Pero “cucho” de repente ladró y dañó el plan. Saltó con toda su bravura de “conejero” diestro y el tigre de un solo golpe lo derribó. En eso, Tranquilino disparó.. En realidad la cuestión fue el únisono: el perro ladró, saltó, corrió; el tigre se puso en guardia, le dio el zarpazo mortal. Tranquilino disparó, pero el tiro le dio tan sólo en la paleta izquierda; el gato malherido se afirmó en el suelo para saltar y abatir a Tranquilino.

Fue relampagueante la acción sucedida, arriba del breñal de los guarumos, cuando ya el día estaba claro como el papel. Pero el tigre al escalar hacia donde estaba el cazador, se trabó entre unas piedras filosas y las raíces de un higuerón. No pudo el hombre volver a cargar; blandió el machete que bajo el sol relucía como una centella. Allí muy bien plantado Tranquilino, con los ojos azules clavados en los amarillos de la bestia, esperaba el momento decisivo de la pelea. El tigre iba a subir, de todos modos, y bramaba rompiendo el raizal. Aunque estaba en desventaja, en la desesperación de su dolor y su bravura de animal salvaje iba a dar la batalla. En eso, aparecieron los mozos y advirtieron la peliaguda situación de Tranquilino. También venía el guardia con la boleta de citación. Los mozos gritaron. Tranquilino volvió la cabeza

Saltó el tigre. El cazador agitó el machete como un rayo. El animal, bajo el golpe, como que se detuvo. Tranquilino dio vuelta tras de un árbol. Dos hombres se acercaron con sus dagas. La bestia estaba acorralada. Uno de ellos se le acomodó por la parte trasera e iba a darle un machetazo en el espinazo.

-No! -gritó Tranquilino- no ... que me le daña el cuero!

Y al levantar el tigre la iracunda cabeza, el cazador le zampó el machetazo mortal, y la bestia empezó a desgajarse, como una rosa de sangre, en los estertores de la muerte.

Tranquilino se quedó mirando su presa vencida. Allá, su perrito degollado y los mozos que no salían del asombro.

El hombre limpió su machete, acomodó la escopeta y fue a ver el perro.

-! -Pobre cucho! -exclamó.

El policía, después de la sorpresa, se acercó al tigre y dijo:

-! Qué hermoso gato! Usted es el diablo ¿ah Tranquilino?

Tranquilino no dijo nada. Entonces el guardia acercándose, sacó de su bolsillo un papel arrugado: la boleta de citación y le dijo:

-Ya Usted sabe que tengo que llevarlo a la alcaldía, y que si se resiste, deberé amarrarlo. Allá lo están esperando Quinterón y el señor alcalde.

Los hombres se encargaron del tigre muerto y Tranquilino bajó seguido del policía. Al llegar a una ladera de difícil paso, Tranquilino dio un salto, cruzó velozmente al otro lado y empezó a correr...a correr como un venado..como nunca lo había hecho en su infancia.

Sentía venir, en el aire el chirrión de "Tío Tigre"; siguiéndole los pasos, el guardia y los mozos, a caballo. Pero él corría más que todos los caballos. Huía por altiplanos nunca vistos, y daba zancadas estupendas, parecía llegar al fin de la bolita del mundo. Detrás lo seguían el alcalde, los códigos, con negras alas. Le parecía que iba debajo de la manta de una noche oscurísima, y que de lejos sonaban trompetas del juicio final.

La huerta era suya. Dios y todos los santos lo sabían. El sólo tenía un perro flaco.

De pronto, en su loca carrera se detuvo. Le parecía ser un mono solitario que imploraba al cielo cosas imposibles; porque todo, todo estaba contra él, el universo era muy grande, inconcebiblemente ancho. Se sentía simplemente como un frijol en la infinitud del mundo...y así, viéndose como pobre frijol, Tranquilino se despertó del sueño.

Había amanecido. Se restregó los ojos. Se incorporó. Hizo candela. Puso café en la ollita. Y allí estuvo esperando. Tomó la bebida y luego se puso, otra vez, como el día anterior a pensar qué hacer: ir a la alcaldía o subir al breñal de los guarumos, tras del gato de Quinterito?

Al fin, tomó la escopeta, su machete, llamó a "cucho" y se fue, entre claro y oscuro, por el potrero, a cazar el tigre.

Santiago de Veraguas 1966

# El Gato

A Raúl Rolando Rodríguez

Nadie sabía de dónde vino. Era grande, negro de ojos verdes. De noche, en la oscuridad sólo se veía el rasgo de cocuyo diseñando palabras mágicas u obscenas, en el lenguaje de los gatos. Y hubo noches interminables y frías en las que Lurda, después de apagar las luces, desde la cama miraba en el rinconcito las dos brasas verdes, fijas; a veces restallantes      hipnóticas; otras, pálidas y sonambulescas del animal despierto...despierto...despierto, que parecía rodearle la nuca a la muchacha, con la sierpe del pánico. Y por esta razón tuvo por costumbre dejar encendida una diminuta bujía, sobre la mesita de noche, que según cuentan, alguien la apagaba, al parecer, a eso de las tres de la madrugada.

El gato se acostumbró, más tarde, por requerimiento de Lurda, a dormir recogido entre los pliegues de las frazadas, o en el ángulo de las piernas y los muslos; o bien, a sus pies, y no pocas veces, según los meses fríos, justamente en el vientre, al amor de las manos que le acariciaban las orejas y la naricita, antes de que llegara el sueño a recoger las cosas.



Dicen que fue noche de lluvia, con granizada previa, turbulencia de vientos huracanados que cabalgaban aulladores de la cordillera: algo en el traspatio, como hoja de zinc suelta golpeaba y golpeaba. Varias veces se apagaron las luces eléctricas y volvieron por los alambres, temblorosas chispas. Al fondo del patio maullaba la noche, o el gato.

—No es un gato —dijo ella— es la noche que llora, porque llueve.

El zinc tocaba para que abrieran. Luego el maullido anduvo rondando, y rondando; solicitando socorros imposibles a esa hora.—Pero la muchacha se echó sobre su desnudez y el calentito del cuerpo una capa de gamuza o de olvido y abrió la puerta, siguió por el pasillo y ajustó la oreja tibia en la pared y oyó a la noche llover y al gato. Y entonces dijo que era un gato. Abrió. Era la puerta antigua, de época de guerra. Por allí, al tratar de huir el oficial patriota, el siglo atrás, noche como ésta, sintió la puñalada de vidrio que le sajó la nuca. Y la mujer enviudó virgen en la misma ancha cama de nogal, negra del tiempo, donde ahora dormía Lurda.

La puerta tenía nombres grabados y marcas de generales que habitaron la mansión y ella la entreabrió, porque afuera maullaba el gato o mugía la noche.

—La noche no podría ser—exclamaba.

Al otro lado, el animalito o lo que fuera arañaba y arañaba, pero Lurda no lo veía. No podía captarlo, como luego se supo, porque era negro y la noche, esa vez estaba más pura que nunca, sólo de vez en vez salpicaba de cristales de roca de la lluvia. Fue cuando, mirando bien y abriendo más la puerta, ella captó el par de ojos verdes de la pobre bestia maltrecha al saltar el muro, y huyendo de cosas y distancias fantasmales, o de lo que fuera...pobrecito!

Vio que era un gato. Se agachó, tomó la criatura y la entró a la casa. Secándolo con la frazada, haciéndole cariñitos observó que tenía la mano rota y se la untó de amor y de calorcito. Lo condujo, vuelto un botoncito de montenegro, al rincón; le dio

leche blanca de vaca tibia, y aceitunas negras, y le dijo cosas de cariño, compadecimiento y amor, que el animal no maulló más, y se quedó quieto como pedazo de rocío; pero sin cerrar los ojazos de gato. Así, al tenderse de nuevo, en su desnudez de geranio o de fuego, la muchacha, en la cama antigua, y al arroparse para matar el frío, con un restregarse de pies, de piernas, de muslos y mantas; ovillándose, acurrucándose; sola en el cuarto, en la casa de los veinte cuartos, la mujer Lurda miraba el rincón, los tizones fluorescentes del animalito...Y el gato, la miraba a ella.

Afuera la lluvia empezó a desmenuzarse suave, lenta y suave. Adentro, los veinte cuartos, la muchacha rendida bajo el peso de los anchurosos ojos de color café claro. En los anchos ojos algo empezaba a desvanecerse, a liquidarse, a entregarse...la pequeña muerte del sueño le tumbaba la vida: El cuarto se fue llenando de suspiros hondos y más hondos, entre los rumores del subir de los senos celosos y recelosos que jugaban a fabricar pirámides y volcanes debajo de las mantas, mientras que en el rinconcito los círculos verdes de televisión, de semáforos verdes, de esmeraldas traspasadas de láser, de luciérnagas, no se escondían, ni se clausuraban y estaban allí fijos, como farolitos verdes que en la calzada, la llovizna se hubiera olvidado apagar.

Lurda bautizó el gato con un nombre: Lumbre. Le daba aceitunas; él las tomaba entre sus garras; tirándolas al suelo corría detrás de ellas, las atrapaba, manoteaba se acostaba y patas arriba hacía maromas. Al final, muy goloso, las comía.

Era un gato especial y Lurda lo mimaba. Lo quiso porque llegó esa noche tocando la casa de la lluvia con su hoja de zinc de los siglos pasados, tras la puerta, por donde, al huir el oficial patriota, sintió en la nuca la puñalada.

(Se comentaba que el padre de la virgen, el general de la guerra, para que jamás supieran del rumbo del enamorado oficial, lo enterró aquella misma noche, en el fondo del patio, junto al viejo pozo brocal de la familia, y nunca, nunca se supo de él, sino que se dijo que había ido a



presidio por desertor.

o que habría muerto en la guerra...)

Lurda lo fue queriendo, porque al llegar esa noche por la puerta del patio, el animalito fue mordiendo y espantando la soledad de los veinte cuartos de la casona, en donde vivía solita, con su cama sus senos y sus frazadas. Por eso lo quiso. Y el gato la quiso a ella, porque lo recogió, le curó la manita y solía darle aceitunas negras. A veces las aceitunas parecían azules, pero eran negras, y de sabor entre ácidas y dulces.

Pequeñas peleas de juguete o de mentiras ocurrían entre el gato y la muchacha. Lumbre, con su disgusto de merengue, porque ella no le trajo aceitunas negras y Lurda, porque al dárselas o no dárselas, él le arañaba las manos. Y entonces ella pasaba más de quince días con los rasguños, o los garabatos del gato grabados en la piel. Reñía y le decía algunas palabras feas y no le traía aceitunas negras, sino pan con mantequilla que el gato no comía. Pero eso no era nada, porque resultaban ser cosas de gato. Pero en la medida que crecía el cariño y el amor, cuando ya le dio a Lumbre, en sus juegos locos de animal de espuma, por rasgarle las medias finas y transparentes, entonces sí que de verdad peleaban el dime tú que yo te diré y a no darle aceitunas, y hasta castigarlo con golpes. Porque, de verdad, no sólo rompía las medias, sino que hendía la carne rosa de las piernas de Lurda, que eran como mandadas a encargar de puro sólidas y elásticas y desnudas. Pero luego venía el arrepentimiento de ella y las zalamerías del gato, y de nuevo, una noche sí, otra noche no, el animal se quedaba acurrucado allí donde Lurda tenía su taller de sueños y de angustias. Algunas veces, ya se ha dicho, el gatito saltaba desde la cama, abandonaba a la amada Lurda semidormida y semidesnuda, y allá, con los ojos de azufre verde y abiertos se la pasaba toda la noche, toda la noche.

El cuarto parecía un cielo oscurísimo con dos estrellas vivas, caídas en el rincón.

Corría el tiempo y ya habían pasado las lluvias, pero seguían las noches rigurosamente y la bujía del velador justamente a las

tres de la madrugada era apagada, sin que Lurda supiera quién lo hacía. Ella empezó a sentir miedo de los veinte cuartos vacíos, de la casona, de la noche y de muchas otras cosas.

Cierta noche fingió dormir para ver, al fin y al cabo, quién apagaba la luz, pero se durmió de verdad y no se dio cuenta. Otra vez hizo mayor esfuerzo y estuvo mirando al gato, y el gato, mirándola a ella con los faros verdes, impagables. A ratos se caía de la vigilia al suelo en donde estaba el sueño y volvía a levantarse. Despertaba a medias y decía: ¿En dónde estoy? ¿En dónde está Lumbre?

Y Lumbre estaba allí, en el rinconcito suyo, con los ojos verdes encendidos, mirándola. Ella volvía a desgajarse del sueño o de la vigilia, y en este andar, envuelta en las frazadas, juntando los muslos para arroparse toda por dentro, las manos entre ellos, entrelazadas, haciendo ángulos su cuerpo, la cabeza envueltos en los cabellos pardos o dorados, de sus trigales de pelos que caían sobre la frente y empañaban los ojos; esa cabeza de Lurda sobre la almohada, sus ojos de café claro mirando al gato y a la bujía; la boca, en un intento de cerrarse y abrirse; más bien entreabierta como fruta, en eso iban a dar las tres de la madrugada, porque de lejos, la campana antigua de la torre vieja, sonaba igual que en los tiempos de la guerra, cuando asesinaron al oficial... en eso dicen que Lurda vio surgir entre luces lejanas y morigerantes, del bulto en donde debía estar el gato Lumbre, la figura desnuda de un hombre pálido, pero hermoso, que avanzando con pies de gamuza o de polen, se acercó a la lamparita, la sopló con sus labios anchos, coronados de negro bozo y se apagó.

Súbitamente rasgó su grito ella; prendió de nuevo la bujía... Al fondo, en el rinconcito, sólo el gato y nada más que el gato. Se incorporó temblorosa sobre la cama; estuvo así sentada con los senos entre las manos y el trigal de cabellos sobre la frente; la boca hecha de chispa, los ojos pardos o café, abiertos como el mundo, mirando a su gato Lumbre, sin atreverse a razonar si era el gato o el hombre, porque entonces, le iba a dar pánico de los veinte cuartos solitarios. En tal forma estuvo Lurda, la pálida de miedo y

no durmió ni un centímetro más de su frazada, y se puso el pantaloncito rosa, y el corpiño lila, hasta cuando decidió levantarse, tomar el gato Lumbre en sus manos llevarlo consigo a la casa, acurrucarlo debajo de las mantas, en el regazo de sus mulos tibios y espantados, y así, estatua y mujer, la hallaron los jazmines de la mañana y los pajaritos blancos.

Todo el día lo pasó Lurda pensando en el hombre de los labios anchos y negro bigote.

— ¡Diablos! — se dijo, riéndose de sí misma — ¡sin son los sueños... sin son los gatos, sin son los sueños! Pero ¿quién apagaba todas las noches la bujía de la mesita?

Los cronistas de la guerra nunca supieron ubicar el destino del oficial. Y la virgen aquella murió virgen intocada. Solamente el general ofendido conocía la entera verdad de su crimen, y la razón que lo llevó a anteponer sus intereses personales a la necesidad de ganar la guerra a los liberales; sólo él sabía de la puñalada vuelta rosales de sangre y chorros de claveles, que se fueron apagando hasta el fondo del patio, donde enterró el cadáver. Sobre el túmulo de tierra creció una fruta rara la cual según dichos de la vecindad, siglos después, brujas que allí vivieron hacían vino o chicha. Pero el parral se secó y sólo quedaba la puerta con letras grabadas a punta de puñales.

Quién contó a Lurda esas historias? Ella no sabía. De muy chica las había oído. Las supo de textos escolares, o todo lo tenía confundido en la cabeza. O, en realidad, nunca en esa casa de los veinte cuartos habían matado a un oficial por cosas de amores. Si eran los sueños o los gatos, ella tenía alguna duda.

Esperó la noche siguiente, y la otra noche. Una sí y otra no, de nuevo vio aparecer el hombre de labios anchos, pero entonces, ya no sintió miedo, porque el caballero al principio se dedicaba sólo a apagar la bombilla y luego se metía dentro del gato, cuando éste estaba en el rinconcito con los ojos abiertos. Después, si la veía desarropada, levemente con manos de lirios o de malva, como podría hacerlo realmente un gato, la cubría, le acomodaba el trigal de los cabellos, cerraba una u otra ventana abierta; si el frío crecía,

encendía el calentador y nada más. Ella volvía a caer en la espuma del sueño perseguida de besos en la frente, como mariposas tibias, o gatos azules y amatista.

Primeramente los besos fueron en la frente, apartando las espigas de los cabellos, y según las noches pasaban, bajaron por los ojos, cerrándolos. Más tarde los besos, uvas ardientes o palomas de fuego, llegaron hasta la boca madura, y ella se despertaba, porque sentía ahogarse, evaporarse, trasmutarse, sin poder zafar la angustia que estallaba en sus senos, haciendo temblar toda la noche de los veinte cuartos, con sus quejas y suspiros y movimientos. Rígidos los muslos, más tarde suaves, laxos, hasta cuando la figura del hombre desnudo que tenía casi estrujado entre sus brazos se iba resbalando bajo las frazadas, y entre los malos pensamientos de sus labios, resbalando y resbalando, hasta que se metía en el caracol del gato Lumbre, que asido por las manos exánimes y derrotadas se arrebuja, perezoso, en el regazo de las angustias, en donde Lurda, lo hacía dormir cuando hacía frío. Y era la hora en que se apagaba la bujía y se escapaban los ruidos con las sombras.

Por las mañanas Lurda tenía su cuerpo rasgado de arañazos sutiles y rosados, pero no le daba susto, porque sabía que Lumbre era tan malo. En el baño ella pasaba las yemas de los dedos por los rasguños, desde el origen de toda su geografía, hasta el punto donde se cruzaban los caminos, y los curaba con salivita tibia y salada y con jabón de olor y agua transparente. La tina donde se bañaba estaba llena de amor.

Sin embargo, fue motivo de riñas, el que Lumbre, caprichoso y juguetón, algunas noches no quisiera acurrucarse en la cama de Lurda, sino, pasar las horas allá en el rincón. Entre ella y el gato crecían metros, kilómetros de distancia. La muchacha, su cabeza de oro sobre la almohada, de soslayo miraba la perspectiva hacia donde huían los ojos verdes del animalito: lejos, lejos, lejos.... Por allá, por el empezar del mundo, a eso de las tres campanadas de la vicja torre de la iglesia aparecía, pequeñita la figura del hombre de los labios gruesos, como luciérnaga desnuda, que empezaba a caminar hacia ella, caminar, caminar y caminar, y no llegaba

nunca. Y por eso al día siguiente Lurda no le daba al gato sus aceitunas negras.

En las sucesivas noches, por tales razones, lo ataba a una cadena de cariños y de amenazas, en la cama, y así pasaban muchas noches y ya no era necesario encender la lamparita, porque el miedo se había fugado por entre las tablas viejas de los veinte cuartos del tiempo de la guerra y toda la casona se llenaba de rumores pálidos, de palabritas cortas, de conversaciones interminables, de cosas de amor y de guerra, como de amantes de verdad, y como de fantasmas.

Desde entonces ya no se dormía de noche. Al amanecer, con las primeras chispas, el caballero desnudo se desataba de los brazos de Lurda y se metía en el gato. El día hallaba a Lurda dormida bajo el trigal de sus cabellos; o con el gato entre los brazos, sujeto a su cuello, o bajo las frazadas, junto a sus pies, recogido como ramo de gladiolos negros.

Pero dicen que una noche sonaron las tres campanadas y el caballero del gato no salió de adentro donde vivía. Entonces Lurda encendió la bujía y vio junto a sí sólo el gato despierto con los ojos de azufre. Y pasaron noches y noches, y ya la muchacha no amaneció con los rasguños y esta desesperación que le azocaba la lengua y las puntas de los senos estalló la mañana en que descubrió que Lumbre no estaba con ella, en la vieja cama de nogal, bajo las mantas, ni en el rinconcito, ni en los veinte cuartos, ni en el patio, ni sobre los muros, ni en los techos vecinos, ni en ninguna parte..y lo llamó.... ¡-“ ¡Lumbre...Lumbre...Venga Lumbre, Lumbrita, mi gato, venga ¡”-..... Y el gato no apareció ese día, ni en la noche, ni el día siguiente, ni la otra noche, ni después de veinte noches, ni nunca, jamás volvió Lumbre.

-Lumbre, ¡Lumbrita...mi gato lindo, venga, sí mi vida, mi muerte, venga! ...

Así se quejaba Lurda en su camisón verde, o en su camisa azul transparente, de noche, desnuda de pies, con su trigal de cabellos derrotados, como lluvia sobre su frente, derramándose, con los ojos café tibios y mojados de la angustia; lloraba y lloraba.

Pero el gato negro de los ojos verdes, el tal Lumbre, así como vino, se fue quién sabe a qué hora. Y dicen que la pobre mujer lloró de seguido muchos días en su cama fría, sin gato y sin nadie.

Pero una noche se decidió; buscó en el cuarto del depósito de la casona la piqueta herrumbrosa del tiempo de la guerra. Caminó bajo su camisa de nieblas hasta el fondo del patio. Al lado del pozo brocal; a cuatro metros, según la historia, empezó a abrir la tierra vieja del parral, donde el General enterró al oficial enamorado, para que nadie supiera de su crimen. Cavó y cavó toda la noche, toda la noche; solita. Soltó la torre sus tres campanadas. Siguió ella en su empeño, fatigada de rocío; cavó y cavó. Y cuando, al fin los pajaritos traían muerta de risa la mañana, escarbando en lo profundo, tras de levantar una lámina de olvido o de sombras, Lurda halló el cuerpo frío y pálido del gato muerto.

-Santiago de Chile 1971-



# El Hombre de Catival

A: René J. González

Tres meses después de haber llegado a la Isla Penal de Coiba, de la barraca hedionda en donde me habían metido con un centenar de reclusos, me sacaron a vivir en un ranchito. Iba destinado a realizar junto a otros presidiarios que sufrían largas condenas, tareas de mayor responsabilidad en el trabajo carcelario.

Fué allí en donde hallé a un veterano de la mansión, quién había cumplido diecisiete años de la pena de veinte que le impusieron, acusado de haber asesinado a su hermano, por cuestiones de tierra.

—Aquí en Catival pasan muchas cosas - me decía el viejo<sup>1</sup> - y ya que usted es nuevo por estos lados, le voy a contar varios hechos que no son cuentos ni historias leídas, sino las puras realidades de esta isla. No me creerá usted, mi amigo, pero un tal Blas Pérez, que pasó buen tiempo aquí y creo, ya murió - que dios lo tenga en la gloria - este hombre, le digo, tenía pacto con el diablo..... Yo lo creí siempre y lo sigo creyendo, aunque él me lo negaba mucho. Había también otro colega, llamarse Castellero.



Era cuando yo trabajaba en el trapiche; él sabía bastante y me quiso joder, pero no pudo. Yo no sé nada. No me gusta entender de cuestiones malas. Bueno, para decirle que resguardos, sí los tengo, porque aquí hay que andar bien provisto. Yo una vez me aprendí la "oración del sol para la muerte" ... ¡uj! .....podía matar a quien se la echara, pero no....eso no es bueno, y a mi me la estuvo rezando aquel Castillerito.....fue por el puro gusto; no pudo hacer nada. Sabe, un día le dije: —Bueno, Castillero, yo he tenido noticias de que usted me está rezando.....Si me quiere matar, saque su machete, pues los dos somos hombres y por algo estamos en la Isla.—

El hombrecito, así era de chiquito y de malo, se me quedó, ojo conmigo, y después me contaron que él había dicho que, en verdad, me estuvo rezando por mucho tiempo, pero yo tenía resguardos, y consideró que era mejor dejar esas vainas, y al parecer, así fué. No señor, ¿saber cosas malas? ¡no! Fíjese, la "oración del sol para la muerte" se me olvidó todita, y sin embargo, cosas del señor.....le puedo recitar la "oración de la virgen del Carmen".....Le diré, además, aunque usted no me lo crea, que yo me he encontrado, varias veces con el diablo, en persona, en esta Isla.....Sí, amigo, yo lo he visto y he tenido propuestas de su parte. Cosas muy buenas por cierto como figurarme

¡Oiga usted, como me quería ganar! Pero ya estoy terminando esta pena, solo me faltarán unos tres añitos; ya no son nada. Y tengo algún dinerito, porque siempre hice tabacales en la Isla, aunque aquel sargento, hijo de la madre, me pidió prestado casi la mitad, y luego se largó. Bueno, padeciendo y esperando, en fin, estoy en las puertas de la salida, sin trato invisible alguno-

Era de noche, el viejo presidiario encendía su tabaco; el fósforo iluminaba su rostro blanquecino y delgado; la nariz larga y astuta, los ojillos penetrantes.

-Blas Pérez, -continuó- sí tenía trato con el "hombre", aunque me decía lo contrario, que era yo el que tenía tratos y convenios.... Yo le quiero contar, joven, que aquí la vaina más jodida es la falta de mujer; sobre todo para quien es hombre entero y ya ha conocido la suya. Se sufre mucho. No voy a hablarle de lo que otros le habrán dicho a este respecto. Puesto que no hay mujeres en este penal, aparte de la del señor capitán, los guardias y los confinados andamos como caballos..... Y por otro lado no sabe usted la cantidad de maleantes que se han vuelto maricones, allá en las barracas, en donde viven..... Yo me dije: te echaron veinte años sin derecho a rebaja de pena..... y para mí eso fue la vida y la muerte. La vida y la muerte van juntitas, ya oyó? A veces la muerte es la vida y la vida es la muerte..... Para mí, yo le dije: olvídeme de todo, señor! Y así fue. Los primeros días, sin embargo, la cabanga: tristezas, dolencias, sabe....porque mi mujer, decía ella, estaba desconsolada sin mí; de saber que me había perdido....veinte años eran veinte siglos; así decía..... Pero cosas de la vida, muy pronto las cartas dejaron de llegar. Eso me llenó de celos mezclados con amarguras. Fueron los días más perros de mi vida, porque, por otro lado, comprenderá señor, que yo tenía poco tiempo en esta penalidad y no podía hallarme, no podía dormir. Estaba así, como paja seca, con el pecho de aserrín. En realidad yo todos los días quería que me picara una víbora, o que me matara un rayo para salir de eso..... Y un día recibí la noticia de que mi mujer se había ido con otro. Esa noche lloré; se lo digo sin pena, lloré como un pobre tonto, sin esperanzas en este

mundo. Saber que tenía veinte años de cárcel por delante; que la mar era ancha y no podía jugármela para huir de aquí; que yo era tan sólo una simple criatura humana abandonada en el océano de lágrimas..... Oiga, muchos hombres lloran en la prisión, no de cobardía, se lo digo; pero lloran como niños. Bueno y después de aquella noticia que la recibí con algo de duda, todo quedó claro, no supe más de la dicha mujer, nunca más, hasta la fecha, y me dije: para mí, se murió.

Yo luché por olvidar eso que era duro de olvidar en esta soledad. Y así fue. Me hice cuenta de que el penal era como mi pueblo, mi caserío; que aquí me habrían de enterrar, como a tantos otros que murieron de viejos, o mordidos por la culebra, o por la mentada Ley de fuga, de un tal sargento llamado "Carbón", con el tiro en la nuca.....Pero para no cansarlo y volviendo al asunto, le digo yo que por esta necesidad de mujer, muchos se han vuelto brujos, aquí en Coiba.

Hay gentes, hoy en día, que por la noche dejan el cascarón en el rancho, alzan el vuelo y se van, como decir a Veraguas a Chiriquí, y hasta Colombia. Ya cuando la madrugada clarea, regresan las almas y se meten, de nuevo en sus cascarones, para estar los hombres listos a la hora que suena el pito para levantarse. Y Blas Pérez, fue uno de los que un día casi llega amaneciendo, porque su alma andaba por un baile que había en la costa. Allá en Pixbae se puso a beber guarapo y cuando menos acordó, el hombre acató de ver que estaba llegando el día y pegó el vuelo para acá. Ya la gente estaba levantada y trabajo le costó, de no ser por mi ayuda, borracho como venía..... Oiga, porque el cascarón, la muda queda acá y usted mira y dice: allí está un cristiano dormido, pero que va! Acostado, gozando con su mujercita o con su querida en tierra firme; allá, mire es en donde está a esa hora. Y yo he visto eso, créamelo. Blas Pérez vivía en un rancho, al frente del mío. Una noche siento yo una conversación, cosa rara, voz de mujeres, y me puse a pesquisar..... Resulta que era la mujer de Blas, con su hija y una sobrina que habían venido volando a visitarlo. Palpablemente, amigo, que yo oía a las mujeres, al otro lado y Blas que les contes -

taba. No le quise decir nada al hombre para no molestarlo. Otro día, sin embargo, oigo de nuevo a las dichas mujeres voladoras que llegaban, con una sobrina, llamarse Margarita. La tercera noche siento que me jalan la manta, y le digo yo, entonces, al día siguiente a mano Blas: oiga Blas yo estoy conociendo que a su rancho llegan de noche algunas gentes.....

—Bueno sí, me respondió.- ¿Dígame, y esa jalada de manta que me pegaron anoche, eso que fue? --- Ajá, me dijo reído, tal vez fue la Margarita, la sobrina, que quiere tener amores con usted.

Pero sabe, todas esas son cosas del demonio y yo no me dejé enredar. Aunque para decirle verdad, Margarita siguió llegando, y el recuerdo de la voz suya me fue arañando las telas del corazón; eran vainas de Blas Pérez, que me quería llevar para el partido del “malino”.—

Era ya tarde, en la noche de la isla penal de Coiba. Una sola estrella parpadeaba muy lejanamente en la curvatura de la soledad. Truenos y centellas, por allá, quién sabe por dónde.... De cerca, la rutina del mar, su agua verde golpeando las arenas y los arrecifes. En mi corazón, apagados latidos de hombre fiero. Quise al instante tener pacto con el diablo, fugarme y volar a tierra firme o irme en la barca invisible..... y dejé el rancho, salí huyendo hacia el mar.

—Blas Pérez.....Blas Pérez—.....grité con toda la fuerza. Entonces, de las olas surgió aquel marinero.

—¿Es usted el señor Blas Pérez? .....

—Yo soy Blas Pérez, a su mandar.

Pero entre el sordo murmullo del mar oí: —“Se fuga, allá va....! Alto !....— y un tiro de carabina traspasó la noche. Caí. Venía un pelotón de guardias.

Blas Pérez, me tomó en sus brazos.....Pronto sentí dejar, sobre la orilla la muda, la cáscara humana, y empecé a volar, a volar hacia la costa, para hundirme en el transparente lecho de mi amada.

Panamá, cárcel modelo, 1954.



# Galàpago en su Concha

Para  
Augusto Fábrega.

Comer comida. Carne si pudiera ser; carne seca, salada, ensartada en un chuzo de rama de guayabo, que le da su gusto; recostar el palito entre las piedras del fogón, sobre las brasas... El filo de la carne, chorreando la mantequita. Si fuera posible un algo de arroz blanco y frijoles colorados con culantro, y plátano pintón, igualmente asado en el braserío...

Un hambre vieja, así, de muchos días... Uno habituado a comer, por esa maldita costumbre de la gente. Podría ser, en todo caso, "peje". Digamos: macana o sardina, también secas; fritas, que charrasquean en el diente, y una taza de café negro; de café molido en la casa.

Uno se acostumbra a comer que después, si no lo hace, parece que la vida se termina, y cualquier cosa, de sólo imaginarla, relacionada con comer, a la hora del hambre, produce desasosiego: un huesito de gallina, "concolón" del arroz, no importa que ya esté en la basura.

Esta era un hambre de gente caminante que anda por un sendero largo y espera que al llegar a la primera choza, alguien le diga, amorosamente:

—No quisiera usted probar aunque sea un caldito de paloma? Y uno, con esa cara de burro desdichado, orgullo por medio, como que pide, implora con la blanca pepita del ojo, pero sin atreverse a rogar.

Ahora que podría ser chicheme. Un buen chicheme espeso, con el propio dulce del maíz. El chicheme da fuerzas. El hombre puede vivir tan sólo de chicheme, como las vacas viven de la pura paja. El pifá; pifá conocido..Sí, irle quitando con la uña, cuidadosamente la cascarita roja amarillenta; succulento pifá rayado. Y luego partir la yema en dos, ver brotar el cuesquito negro; partir el cuesco, porque adentro tiene su néctar blanco, chuparlo. Desgranar la masa del pifá en la boca, paladearla, ensalivarla para ganarle el gusto a vida. Comer pifá (o pixbae para decirlo más sofisticadamente) es como comer huevo pasado por agua, duro.

Y cuentan que el indio Zapato Bugué tenía un hambre así, de varios días. Aunque él sabía aguantar, porque era su oficio, de subhombre, en los tiempos generalmente malos para la indiada de la sierra. Dicen que para resistir con mayor ventaja, en esos apuros, el indio duerme. Así en el sueño como que la vida pasa y uno queda; o como que el devenir es más lento y la respiración más larga.

Y Zapato Bugué en los peladeros de la cordillera, en las sequías agotadoras dormía largos trechos del tiempo, o perseguía de día animalejos y musarañas, por las cañadas resacas; cualquier cosa comía...Pero eso era antes, cuando simplemente era indio. Ahora Zapato Bugué había dejado a los pueblos, en busca de salarios y ya empezaba a civilizarse y a aprender las cosas de la gente "cívile", como decía el alcalde. El alcalde de aquel pueblecito pegado a los estribos de la cordillera guaymí dijo, cuando el censo pasó por allá, lo siguiente:

—Bueno, por acá, gente hay poca, indios sí hay bastantes.

De modo que Zapato Bugué metido a mozo de las vaquerías,

o peón de las cosechas de café, o machetero de los ingenios había aprendido las ventajas de los ciudadanos, de las gentes y tenía sus malas mañas de comer tres veces al día. Y ahora andaba por allí, metido en sí mismo, con sus afilados ojos, las manos vacías; callado, sin solicitar, ni pedir; en el ejército de los desocupados; indígena con dignidad, timidez, orgullo y miedo.

Y tenía hambre porque no había podido colocarse en aquel pueblo y tampoco en el otro a donde fue, caminando, al estilo de la raza, a pie, y no sabía por qué en los pueblos no había trabajo ni nadie daba nada por nada.

Y andando y andando, como dicen los cuentos viejos, se dirigió a la pequeña aldea siguiente. Entonces sintió, de verdad la mordedura del hambre. Pensó en asuntos posibles y en los recuerdos: plátano sancochado, conejo asado, chicheme....

Pero el camino tenía de lado y lado solamente cercas, paja seca, ganado flaco. Si hubiera visto una vaca parida, la habría ordeñado a la fuerza, porque una vez trabajó de vaquero y conocía ese truco, pero no había tales vacas, sino puros toretes de engorde.

Y así fue como llegó a la entradita de la aldea, a un lugarcito fresco de viejos árboles de mango y grandes piedras negras, redondeadas. Allí Zapato Bugué se echó a dormir para no sentir las puñaladas del hambre en la barriga. Esto si era hambre y no cuentos de restaurantes. Pero no pudo agarrar el sueño; se incorporó, y recostado en una piedra observó la curvatura cruel de su mundo.

Y tuvo suerte Zapato de hallar a unos chiquillos que regresaban de pajarear y llevaban, jugando, como pelota de fútbol, un pequeño galápago o tortuga de llano.

Cuando el indio vio el galápago rebotar de mano en mano sintió desesperación y quiso pasar por encima de su prudencia, caer en el grupo de mocosos y arrebatárselos la presa. Pero se quedó quieto observando con ansiedad, fijamente, con los afilados ojos, el movimiento de los chicos. Los muchachos comprendieron la desazón del hombre. Dejaron el juego, lo penetraron con sus



miradas de pelados curiosos de los poblados que acostumbran en su fantasía de película, ver en cada indio un mundo de misterio.

Zapato Bugué no sabía cómo implorar, pedir, solicitar el galápago, pero al momento los niños perdieron el interés en el pobre bicho y lo abandonaron.

Zapato, cauteloso, dejó ir a los muchachos, y como robando tomó presuroso el animalucho. Lo sopesó y apuró el paso hacia la primera casa. Allí estuvo sin decir nada hasta cuando le preguntaron si deseaba algo.

—Fósforo, présteme un fosforito señora-

Le dieron los fósforos; se fue al fondo del patio, recogió ramitas secas; puso tres piedras; hizo candela, metió más ramas. Cuando ya ardía bastante sobre las piedras colocó el galápago, patas para arriba, como una olla. El se acuclilló pacientemente y empezó a atizar el fuego y a soplar para que diera más llamas. El galápago sacaba y metía desesperadamente la cabeza de entre su recia caparazón; igual hacía con las patas, casi aletas. En esa agonía estuvo. Zapato buscaba más leña; volvía a “añingotarse”; otra vez soplabla con mayor fuerza. Poco a poco las patas y la cabeza del animal se rendían y cuando ya no salieron más de adentro del cocinado, el hombre desatizó el fogón, sacó el animalejo de las tres piedras; dejó enfriar un poco, y luego con arte viejo fue quitando la cáscara de arriba, para comer con gusto y voracidad el sazonado galápago en su concha.-

Ciudad de Panamá, 1973.



## Glosario de los regionalismos usados en este volumen

### A

- a la pedrada: moda del sombrero panameño, con el ala delantera levantada hacia atrás.
- adolenciados: entristecidos
- agua en la azotea: estar loco
- añingotarse: colocarse en cuclillas.
- arroceros: pajaritos pequeños

### B

- balo: árbol que se usa para hacer cercas
- balsas: alguna madera liviana que queda después de realizar la quema del monte.
- balso: madera muy liviana
- balseo: recoger las balsas para terminar de quemarlas.
- biombo: tipo de honda hecha con ligas de caucho y una horquilla de madera.
- barrigón: árbol grande de tronco verde en forma de botella.
- bujo: bebida fermentada, hecha de miel de caña.
- barajustaste: de barajustar, huir.

### C

- cabanga: tristeza, melancolía, saudade.
- cacicongo: tipo de buitre, más grande que el gallinazo.
- cantadera: encuentro de cantadores de mejorana:décimas.

camarón:	trabajo eventual.
caracucha:	flor de un arbusto; de color rojo, blanco, lila.
carates:	árboles utilizados para hacer cercas.
carricillo:	un tipo de cañaza muy delgada.
cerbulaca:	maleza muy común.
cigua:	árbol de flor muy olorosa.
coco de agua:	vasija hecha del fruto del calabazo.
cocorito:	mochuelo.
conga:	levadura para fermentar el guarapo o bujo.
concolón:	el arroz que se adhiere al fondo de la paila, al ser cocinado.
cotona:	camisa rústica de tela de algodón; derivación del inglés: cotton.
cuadrado:	ser cuadrado, castigado en la jerga militar.
cucho:	perro o nombre de perro.
culebronas:	deudas, o los acredores que cobran.
cuencón:	con los ojos nadando en las cuencas.

## CH

chicotear:	azotar
chicheme:	bebida hecha de maíz pilado.
chiflado:	loco.
chinchorra:	hamaca rústica
chingo:	pantalón corto.
chiro:	trabajo eventual.
chirrión:	vergajo.
chivato:	diablo en forma de chivo o venado

chumico:	arbusto de hoja rasposa que se usa como lija.
D	
dientúa:	la muerte.
E	
espaveces	árboles coposos y grandes.
F	
fulito:	blanco, rubio.
G	
galápago:	tipo de tortuga.
gandules:	frijoles de palo, guandúes.
gallote:	gallinazo.
garrotillos:	látigos
guarumos:	árbol de madera liviana, yagrumos.
guarapo:	bebida fermentada hecha de miel de caña.
güeveta:	güevón, boludo.
J	
japiaba:	de japiar, hacer un tipo de grito, para desafiar al contrario; usado mucho en los trabajos colectivos: peonada, juntas, y fiestas.
joda:	la molestia, joda del trabajo, la dificultad.
jondeaba:	de jondear, echar.
junaputas:	hijo de puta

junta: trabajo voluntario, colectivo.  
juye: de huir, huye.

## L

lagartillos: árbol de hojas menudas.  
leñera: golpiza dada con madera, con garrotes.

## M

macana: tipo de pez de río, delgado y alargado.  
macano: árbol de madera dura.  
malino: maligno, el diablo.  
matillo: arbusto que se utiliza para leña.  
micho: gato.  
miguito: poquito.  
mocha: machete recortado.  
motete: jaba hecha de bejucos.

## N

nojordá: no es verdad.

## Ñ

ñapa: llapa  
ñiblinera: neblina.  
ñopería: los blancos, los ricos, la aristocracia de los poblados.

## O

octubrerera: llovedera.

ombé: hombre; usado como exclamación.

## P

pagaban el peón: de pagar el peón, pago en servicio.

pájaro bruero: pájaro de color sucio y canto agorero.

paquetazo: meter en una urna más votos que el número de votantes; abrir ilegalmente la urna y cambiar los votos.

panamá: árbol parecido a la ceiba, de donde se dice se originó el nombre del país Panamá.

pegarle un plomo: solicitar dinero prestado con miras a no pagarlo.

pelado al coco: al rape.

pelaito, pelao: niño.

pele el bollo: pelar el bollo, morirse.

peje: pez

perchona: persona con bocio.

pifá, o pixbae: deliciosa fruta de una palma.

pindines: bailes populares con música típica.

pollera montuna: traje campesino de labor, ya en desuso.

por venticinco: entonación de la guitarra panameña.

punto montijano: un son de la música folklórica panameña.

## Q

quema: método primitivo de preparar la tierra para la roza.

## R

rabiblanca: rabiblanca, una paloma parecida a la torcaz, se aplica el término a los aristócratas y burgueses.

- rabiadera: jugar halándole el rabo a las terneras, acción realizada desde un caballo.
- rajadero: lugar donde se raja la leña.
- raspadura: panela.
- rejo: dar rejo, castigar con látigo de cuero.

## S

- socavonera: guitarra panameña de 4 cuerdas.
- sombrero de cogollo: sombrero de paja de toquilla; blanco.

## T

- totuma: vasija hecha del fruto del calabazo o totumo.
- tuco de balso: pedazo de madera de balso.
- tula: vasija hecha de una fruta parecida a la calabaza y que se usa para cargar agua y conservar la chicha o el guarapo.
- tulivieja: personaje de la leyenda que anda por las quebradas en busca del hijo perdido.

## V

- vaina: asunto, cualquier cosa u objeto.
- vidajenear: andar pesquisando la vida ajena.



## Nota biográfica:

Changmarín (Carlos Francisco Chang Marín) nació en el caserío de los Leones, provincia de Veraguas, República de Panamá, el 26 de febrero de 1922. En la Normal J.D. Arosemena obtuvo su título de maestro de escuela primaria.

En el campo de la literatura ha obtenido varios premios en el Concurso Nacional Ricardo Miró. Recientemente, en el año de 1976 fue galardonado en Cuba con la medalla "Victor Jara", "por su militancia revolucionaria y su arte en función de la liberación de nuestra América".-

Es autor de canciones populares y se activa además en la pintura. Tiene algunos ensayos folklóricos.

## Obra:

Poesía: "Punto e llanto", "Poemas Corporales", "Dos Poemas", "Los versos de muchachita", "Tonadas y cuentos de la cigarra".

Cuento: "Faragual", "Vida en la Oscuridad" (en ruso).

Décimas para cantar: "Socabón" y "Versos del Pueblo"

Ensayos: "Panamá 1903-1970" con otros autores.

"Base social de la décima en Panamá".

"Áreas folklóricas de Veraguas".

